

RESEÑA

Alexander Torres

Bastardos de la modernidad:

El Bildungsroman roquero en América Latina

Peter Lang, 2020

Antonio Cardentey

Georgia Institute of Technology

Como género narrativo, el *Bildungsroman* se ha asociado al impacto de las transformaciones socioeconómicas y científico-técnicas que trajo consigo la modernidad capitalista, y a los conflictos que la noción de progreso ha generado en el ámbito personal y cotidiano del individuo, especialmente el joven en formación, quien se esfuerza por integrarse en un medio con el cual nace en conflicto a falta de una *Lebenswelt* propia, esto es, de un mundo de la vida que habrá de procurarse con arreglo a los imperativos de las revoluciones burguesas. En América Latina, donde se ha experimentado una modernidad incompleta —señala Ticio Escobar— o desigual y diversa —precisa Roberto Follari—, dichos conflictos trascienden el plano individual por cuanto el establecimiento mismo de un orden económico, según los moldes del racionalismo europeo, ha sido violento y contradictorio en todos los ámbitos de la vida social del continente.

Ante esta realidad histórica, atravesada por toda clase de intervenciones foráneas, parecería un exabrupto enarbolar una bandera anglosajona, el rock, con el objetivo de indagar en las paradojas de la modernización latinoamericana. Sin embargo, en su libro *Bastardos de la modernidad. El Bildungsroman roquero en América Latina*, Alexander Torres despliega un meticuloso aparato teórico a partir del concepto de *ethos* barroco —tomado de Bolívar Echeverría— para articular una nueva perspectiva crítica sobre el fenómeno en varias novelas de aprendizaje contemporáneas de México, Colombia y Argentina. El autor convoca disímiles herramientas de análisis humanístico, entre ellas la teoría literaria, los estudios culturales, la filosofía y el psicoanálisis, a fin de ponderar el papel del rock en los modos juveniles de resistencia a los espacios de marginación, tanto psíquicos como sociales, que crearon los proyectos identitarios de América Latina en su afán por alcanzar las promesas del capitalismo moderno y los del neoliberalismo globalizado de estos tiempos.

Torres reformula el término “bastardo” sobre la base de tres sentidos histórico-culturales: primero, el desplazamiento de la nobleza por parte de una burguesía carente de legítima ralea, justo en el periodo de surgimiento y apogeo del *Bildungsroman*; segundo, el vacío existencial que dejó la sociedad renacentista al alejarse de la noción absoluta de Dios y que el Barroco vino a llenar con sus excesos referenciales; y por último, la cultura joven que emerge en la segunda mitad del siglo XX y en la cual el rock ha sido primordial en la conflictiva asimilación del modelo sociopolítico imperante. Aquí lo barroco —primer gran ejemplo de la “expresión americana” y al mismo tiempo categoría transhistórica— desempeña un papel aglutinante en la medida en que implica una vivencia dionisiaca, perturbadora y desordenada en medio de la estructuración apolínea, estabilizadora y ordenada de la vida moderna; una visión anclada en las convulsiones de todo proceso de hibridez, mestizaje, disidencia y *contaminatio* de formas, manifestaciones y estilos de toda clase. De hecho, el autor nos recuerda cómo en su origen el rocanrol se nutrió de expresiones tanto anglosajonas como afroamericanas y, asimismo, advino cargado de inconformidad, desenfreno y rebeldía frente al relato moderno de orden, progreso e identidades inamovibles. Desde la década del sesenta, los jóvenes aprovechan el carácter transgresor de dicho género musical para lidiar con las proscipciones económicas, sociales y afectivas de la modernización que han aquejado a las mayorías del continente.

El aporte fundamental de este estudio radica precisamente en la aguda articulación entre modernidad, *ethos* barroco, novela de formación y música rock en el contexto cultural latinoamericano, partiendo de una narrativa que se bifurca de la épica configurada en el Boom y que se ha diversificado desde el supuesto fin de la historia tras el colapso de la URSS en 1991. Se trata de una exploración original de los “bastardos” del realismo mágico y de su literatura empeñada en otras teleologías donde el cuerpo constituye el centro, el lugar de encuentro y de fuga de los mecanismos de control político e institucional. De este conjunto Torres eligió seis novelas que hacen de la música en general y del rock en particular un tropo que organiza la experiencia y la cosmovisión de jóvenes que no hallan un espacio propio en la ola expansiva del mercado.

De México estudia *De perfil* (1966) de José Agustín (1944), e *Idos de la mente* (2001) de Luis Humberto Crosthwaite (1962); de Colombia, *¡Que viva la música!* (1977) de Andrés Caicedo (1951-1977), y *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin* (2002) de Efraim Medina Reyes (1967); de Argentina, *Cómo desaparecer completamente* (2004) de Mariana Enríquez (1973), y *Mi nombre es Rufus* (2008) de Juan Terranova (1975).

El primer capítulo, “El *Bildungsroman*, la modernidad y América Latina”, traza una actualizada genealogía de la novela de aprendizaje sobre la base de la conciencia histórica en torno a la modernidad desde el siglo XVIII en Europa. Se repasan los principales antecedentes y exponentes de un género que se logra internacionalizar gracias al concepto toral de *Bildung*, dado que la educación de los jóvenes representó nuevos desafíos de cara a los paradigmas de la emancipación y el desarrollo. En este recorrido, el autor revalora la importancia fundacional de *Los padecimientos del joven Werther* (1774) de Goethe, el *Bildungsroman* que sienta las pautas de la proliferación del género al problematizar los conflictos individuales en relación con los fundamentos de la Ilustración. Según Torres, esta novela y *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795-96), también de Goethe, establecen dos modelos respectivos de novela de aprendizaje a través de los cuales el héroe logra insertarse o no en la sociedad moderna.

En este capítulo también se explica cómo algunas de las especificidades culturales de América Latina (profundo mestizaje, pervivencia de tradiciones ancestrales, la anteposición del valor de uso al valor de cambio, gran influencia del positivismo y del “hombre representativo”) determinan otra forma del *Bildungsroman*: “individuo / mundo → Nosotros” (33, énfasis del autor). Se trata, pues, de un sentido de comunidad que tiende a resaltar los valores cualitativos de la vida en detrimento de los cuantitativos; es decir, la intelectualidad de la región ha procurado el lado más humanista que pragmático de la Ilustración. Torres presenta, por último, los cuatro *ethes* de la modernidad que enunció Bolívar Echeverría, o sea, las cuatro actitudes hacia el capitalismo: el realista (hace suyos los valores del capital y postula la inmutabilidad del sistema), el clásico (rechaza el capital pero acepta trágica y resignadamente el sistema), el romántico (se fascina por las mercancías y enaltece el sueño del sistema) y el barroco (acepta de manera inconforme las normas del capital pero carnavaliza el sistema, en el sentido de Bajtín).

De ahí que el capítulo 2, “El *ethos* barroco y el rock”, explore el contraste entre el *ethos* realista de la modernidad noroccidental y el barroco de la suroccidental, a través de la relevancia de México en el establecimiento de un barroquismo y en la asimilación pionera del rock como un símbolo de modernización en América Latina y, a su vez, un agente contestatario. Torres considera la tensión entre las dos posturas esenciales en torno a la presencia del rock en el continente: la de los jóvenes que se lo apropian en aras de canalizar su inconformidad y la de la institucionalidad política que lo impugna considerándolo un vector de penetración imperialista y desnaturalización de la cultura autóctona. Con el surgimiento de “la onda”, tendencia literaria que se desvía de los caminos delineados en el Boom, emerge una serie de novelas de jóvenes que tematizan la juventud en cuanto fuerza transgresora de lo social. Se estudian además las drásticas consecuencias de la implementación del neoliberalismo, incluido el auge de la (contra)cultura roquera en el contexto de los males acumulados a gran escala.

Adentrándonos en los capítulos de análisis textual, el 3, “El impacto del rock en la identidad nacional mexicana”, aborda los conflictos del discurso nacionalista en México, la exclusión y recuperación del cuerpo como instrumento político, el papel del lenguaje en las manifestaciones contraculturales y, desde luego, la función de la música en los desencuentros de la modernización y en el rescate de la vitalidad cualitativa de la experiencia. El autor se concentra en las novelas *De perfil* e *Idos de la mente*, en la primera de las cuales examina el conflicto

psicoanalítico de un adolescente fragmentado en la vorágine del individualismo capitalista del Distrito Federal y la incoherencia simbólica que perpetúa la falta de sentido a pesar de la acumulación material que marca su tránsito a la adultez. En la segunda, Torres reafirma cómo el caso de Tijuana constituye un espacio sui generis donde confluyen las más diversas hibridaciones pero, simultáneamente, persiste una actitud barroca que salva a los músicos protagonistas de ser absorbidos del todo por la lógica alienante del capital.

A continuación, en el capítulo 4, “Repensando modernidades rivales en Colombia desde el rock”, Torres sigue un contraste análogo a la de México D.F. con respecto a Tijuana. En las novelas objeto de estudio aquí, *¡Viva la música!* y *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin*, es posible contraponer las ciudades de Cali y Cartagena, puesto que representan en la ficción dos modos de encarar el orden simbólico mediante la música. En el primer caso asistimos a la simplificación maniquea entre rock (imperialismo norteamericano) y salsa (tradición latinoamericana) sin tener en cuenta la complejidad dialéctica de este tipo de dicotomías, sus insuficiencias, generalizaciones y omisiones. En el segundo caso, la solución del protagonista es todavía más radical ya que opta por el suicidio para darse de baja del sistema y escapar de sus simulacros, incluido el que crea el propio movimiento roquero cuando se somete a las leyes del mercado. Paradójicamente, si bien la decisión del protagonista conlleva una postura de resistencia inquebrantable, viene a confirmar una vez más el triunfo del *ethos* realista y la frustración histórica del individuo que solo ha podido hallar una salida en la muerte misma.

Le sigue el capítulo 5, “El rock en Argentina: la luz de Dioniso en tiempos de barbarie estatal y económica”, donde el autor se adentra en las obras *Cómo desaparecer completamente* y *Mi nombre es Rufus* para explorar los efectos de la dictadura y de las políticas neoliberales en ese país del Cono Sur, en el que la “vitalidad vivencial y cultural [...] en principio no es compatible con las exigencias civilizatorias del *ethos* realista” (Torres 272). Los personajes encuentran en el rock un mecanismo de cohesión social capaz de hacerle frente a la colonización del mundo de la vida, pero que a la vez termina sucumbiendo a los reclamos del capitalismo. Según Torres, estas novelas apuestan por tematizar la destrucción de lo cualitativo en la escritura como forma de preservarlo, aunque esta alternativa se dificulta porque son cada vez más exiguas las posibilidades de articulación de una colectividad apta para resguardar la cultura de la depredación mercantil.

Por último, el capítulo 6, “Todos somos bastardos de la modernidad”, retoma la naturaleza dúctil del *Bildungsroman*, según Franco Moretti, en función de explicar cómo la narrativización de los conflictos del sujeto, especialmente el joven en cuanto fuerza motriz por excelencia de la modernidad, se reajusta en el género de acuerdo con las diferentes etapas histórico-literarias de su ejercicio. En el caso de América Latina, la novela de formación cobró particular relevancia en el desarrollismo de la posguerra con obras de Vargas Llosa, Arguedas, Manuel Puig y otros. Por su parte, el rock trascendería su mero sentido de entretenimiento para devenir un vehículo de liberación y de referente cultural a través de su energía dionisiaca, de modo que representó un conflicto con la generación que encarnaba la ética y la cultura tradicionales. Esta particularidad de lo que el autor llama el “*Bildungsroman* roquero” fue reflejada por primera vez por José Agustín, a partir de cuya novela Torres reconstruye un posible itinerario de ese corpus de escritura con el ánimo de recuperar el potencial transgresor del *ethos* barroco en América Latina, y en el resto del denominado Tercer Mundo, ante el empuje arrollador de la globalización neoliberal.

La investigación ha sido en sí, para el autor, un proceso de aprendizaje académico, a través del cual consultó una vastedad admirable de fuentes y perspectivas teóricas. En su conjunto, el libro de Alexander Torres constituye un valioso estudio que sistematiza, con erudición ya no tan común, la cultura del rock como principio estructurador del modelo

narrativo presente en la novela de aprendizaje latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Saludemos esta propuesta necesaria con una lectura que impulsará nuevos debates sobre la equívoca modernidad en nuestra América.

ISSN: 1523-1720
Issue / Número 45
June / Junio 2021

BIBLIOGRAFÍA

Bajtín, Mijaíl. *La cultura en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Trad. Julio Forcat y César Conroy. Alianza, 2005.

Escobar, Ticio. *Textos varios: sobre cultura, transición y modernidad*. Agencia Española de Cooperación Internacional, Centro Cultural Español Juan de Salazar, 1992.

Follari, Roberto. *Enfoques sobre postmodernidad en América Latina*. Sentido, 1998.